

3 **Mujeres eminentes**

Índice 3.1 Otros escritos, otras miradas. – 3.2 La importancia de llamarse Lizzie.

3.1 Otros escritos, otras miradas

Tal vez menos invisibilizada pero igualmente difícil de encontrar debido a su escasez cuantitativa, otro tipo de mujer que es posible rastrear en la documentación del período gomero se involucra con la maquinaria extractiva de una forma distinta. Podemos encontrar, así, viñetas casi siempre celebratorias de mujeres de la alta sociedad gomera, a la que pertenecen no ya por un vínculo laboral sino por relaciones maritales o familiares; nos referimos, en otras palabras, a las compañeras, parientes y esposas de los grandes caucheros. Las noticias de la época las describen mayormente desligadas de la rutina extractiva, viviendo en la ciudad, en la sede de la empresa o a lo sumo en la barraca central, y encabezando un apretado calendario de eventos sociales como recepciones, bautismos o bailes de Carnaval: los casos emblemáticos son los de Lastenia Franco, pareja de Antonio

Vaca Díez; Judith Arias, esposa del todopoderoso Nicolás Suárez, o sus propias hijas Esperanza o Lutgarda.¹

Esta intensa vida social se encuentra bien reflejada en tres textos que analizaremos a continuación, con el valor en común de haber sido escritos por mujeres ligadas de una u otra manera con la nueva aristocracia económica, política y social conformada durante el auge de la goma elástica.²

Uno de los escritos más conocidos es el libro de la norteamericana Maria Robinson Wright sobre su viaje a Bolivia en 1906, publicado un año más tarde. Wright nació en 1853 y murió en 1914. Miembro de varias sociedades científicas, era una escritora de cierto renombre luego de quedar viuda en 1886 y firmar por tres años un contrato con la revista *Sunny South* como corresponsal de viajes, y luego realizó la misma tarea para el *New York World*, con lo cual ganó su fama como la mujer que atravesó tres veces Sudamérica viajando 2.000 millas en mula por México y Bolivia. Es por lo tanto conocida como una de las fundadoras del periodismo turístico, lo cual le permitió recorrer diversos países de América como Brasil, Bolivia, Chile, Perú y México. El libro de 1907 es dedicado al presidente de Bolivia, Ismael Montes, y de sus 450 páginas solamente las últimas 60 están dedicadas al Oriente boliviano: Santa Cruz, el Beni y el entonces llamado Territorio Nacional de Colonias. El relato dibuja la mirada usual de la Bolivia canónica: un país andino-centrado que busca atraer fundamentalmente a los capitales de la minería dedicados a la plata, el estaño o el cobre, y para ello resalta el potencial de ciudades como La Paz, Cochabamba o Sucre. Así, promocionado como «un viaje a mula de 1.000 millas», Wright emprende travesía -no obstante- en diligencia para recorrer las ciudades más importantes de la Bolivia andina. Una de las principales diferencias con respecto a otros libros de la época escritos por mujeres, entonces, es que se trata claramente de un texto de propaganda: la autora es apoyada por el propio gobierno boliviano, que la guía en sus excursiones y le brinda toda la asistencia logística que necesita, y es recibida por las máximas autoridades políticas, sociales e industriales del país.

1 En algún caso, incluso, algunas de ellas se dedicaron con entusiasmo a la actividad cultural como en el caso de la *Revista Moderna*, editada por Judith Suárez de Solares en Cachuela Esperanza con una mayoría de contribuciones de la propia editora o bien de las escritoras Luisa R. de Céspedes o Casta Chávez de Sierra, entre otras. Para mayores referencias biográficas a las mujeres de la familia Suárez, ver Fifer 1970; Córdoba 2015a.

2 No consideramos aquí a las escritoras benianas que comienzan a escribir en la década de 1930 para la *Revista Moxos*, impresa en Trinidad y editada por Félix Sattori Román. Algunas de ellas ya habían publicado algún texto en la mencionada *Revista Moderna*. Se trata de contribuciones esporádicas como las de Lola de Sierra Chávez, María Valentina Méndez, Carmen Silva, Carola Rosperi, Ninfa Basadre de Gutiérrez, Lucila de Pérez Díaz, Leonor Ribera Arteaga o Carmela de Tejerina, y que versaban sobre temas como cuentos regionales, efemérides, educación o música.

Su descripción evoca las actividades filantrópicas de las mujeres de políticos y representantes de la época como la señora Bethsabé de Montes, esposa del presidente; Hortensia de Pinilla, esposa del ministro de Relaciones Exteriores; o bien Aida Gainsborg, esposa de José María Aguirre Achá, y resalta su contribución a hospitales, asilos y talleres de costura:

[Sucre] Recepciones, *soirées*, pícnicos y un gran baile que se distinguió por tanto esplendor como si hubiera tenido lugar en una capital europea, fueron los más notables agasajos brindados a las visitantes [la señora Wright y su secretaria], quienes al partir fueron escoltadas hasta la primera posta por el distinguido prefecto doctor Julio La Faye y un acompañamiento de los principales sucrenses, que les ofrecieron un suntuoso almuerzo de despedida.³ (Wright 1907, 232-3)

El sesgo andino de Wright apenas se diluye en la última parte del libro, cuando dedica unas cuantas páginas al Beni y a la industria del caucho, por más que parece basarse fundamentalmente en material de segunda mano. Lo mismo se desprende de las fotografías que utiliza para ilustrar su recorrido, muchas de las cuales son las típicas imágenes que por entonces circulaban de forma anónima en álbumes de viaje o bien como tarjetas postales.

Publicado hace pocos años luego de pasar un largo tiempo en custodia de dos nietas, el segundo texto que consideramos es el diario de viaje de Amelia Toledo Suárez de Roca. Según las editoras, esta autora cruceña se destacaba por sus inclinaciones literarias y escribía notas de prensa, poesías y traducciones de escritores franceses e ingleses. Ella también queda viuda en 1897 y entonces se traslada hacia Buenos Aires (donde moriría en 1938) junto con sus hijas menores, mientras que los hijos mayores quedaron en Santa Cruz de la Sierra. La publicación transcribe la bitácora que confecciona durante su viaje de 1984 junto a su marido Crisanto Roca Toledo, en el cual partieron de Santa Cruz hasta París, pasando por Buenos Aires y Asunción (Toledo Suárez [1894] 2014). La conexión -una vez más tangencial- con la industria del caucho está dada por afinidad matrimonial, puesto que, junto a sus hermanos, Crisanto era dueño de la sociedad Roca Hermanos, dedicada a la explotación del producto en varias concesiones gomeras establecidas a lo largo de los ríos Beni y Madre de Dios.

En febrero de 1894, Crisanto solicitó un préstamo por 2.000 libras esterlinas para conseguir mercaderías e inversiones en París a

³ Para el contexto histórico de las sociedades de beneficencia en La Paz entre 1900 y 1948, ver Escobari de Querejazu 2009.

nombre de la empresa Roca Hermanos, y emprende viaje con su esposa. El diario comienza el 3 de marzo de ese año y concluye abruptamente cuando Amelia regresa a Buenos Aires camino a Bolivia, el 15 de agosto del mismo año. La prosa de Amelia tiene por lo general un tono melancólico en el cual aflora la añoranza por los hijos que deja en Santa Cruz: «Solo me sentía muy impresionada al partir dejando a mis hijos y a mi familia toda, cuya idea me atormentaba tanto y me hace derramar abundantes lágrimas» (Toledo Suárez [1894] 2014, 69). Una vez transcurrido el viaje en el vapor que los lleva a París, el relato se vuelve más fluido y Amelia describe los museos a los que asiste, las exposiciones y los mercados que conoce, o las compras que realiza:

El 12 a las cinco de la mañana se notó que el vapor dejó de caminar, virando y retrocediendo para atrás, pero ignorábamos el motivo. A las seis se supo que la parada había sido a consecuencia de que un mozo de los del hotel se había tirado al mar; éste se llamaba Julio, se encontraba un poco enfermo y se supone que estaría delirando. Cuando su compañero lo vio soltarse al agua corrió a dar parte; retrocedió el vapor a buscarlo, pero todo fue en vano, el cadáver no apareció. A las seis y media continuó el vapor su marcha. (135)

El tercer texto es el libro escrito por Cecil Beaton, en el que el conocido artista británico expone sus memorias y, en particular, recuerda la influencia que tuvo en su vida su tía Jessie Sisson, casada con Pedro Suárez Saravia. Pedro era sobrino de Nicolás Suárez y cónsul de Bolivia en Londres y Madrid, nombrado por el mismo presidente que agasajaba a Maria Robinson Wright: Ismael Montes. *Uncle Percy*, como lo nombra Beaton, y su tía Jessie o Leticia, como era llamada por su familia política, viajan juntos a Bolivia en 1890. La obra reconstruye la vida londinense de la pareja, su viaje inolvidable a Sudamérica -cuando ambos se sumergen en la vida social de La Paz y conocen a la madre de Pedro- y las juergas e infidelidades del esposo que, más allá del amor a Jessie, tiene aventuras e hijos extramatrimoniales (Beaton 1971).⁴ Es decir que, cuatro años antes que Amelia Toledo Suárez y su esposo Crisanto la pareja realiza el viaje inverso, de Europa a Bolivia, para vivir la faceta más glamorosa de la era extractiva y gozar de los beneficios de pertenecer a la aristocracia gomera.

Para nosotros, el principal interés de la historia es que, cuando Jessie fallece a los ochenta y cinco años, Beaton hereda una pequeña libreta negra de unas cien páginas escritas a mano, con fecha del

⁴ Jessie 'Leticia' Sisson nace en Inglaterra en 1864, se casa con Pedro Suárez Saravia en 1889 y muere en 1950.

26 de junio de 1890, y el siguiente título: «Un viaje a Sudamérica». En esas páginas la tía Jessie había recopilado una serie de observaciones, viñetas y entradas sobre su viaje desde Westmorland hasta Trinidad. Si bien en varias ocasiones la importancia del texto queda condicionada porque Beaton intercala los recuerdos de su infancia junto a aquella tía excéntrica y su marido, el final del libro permite que aflore al menos parte de la propia voz de Jessie, que en ese pequeño diario improvisado vuelca con elocuencia algunas de sus observaciones y pensamientos.

Desde Panamá, los tíos pasan por Perú y viajan hacia La Paz, desde donde parten para conocer Cochabamba, Samaipata y Santa Cruz. Luego de dos años y medio llegan a Trinidad, en el Beni boliviano. Las anotaciones de Jessie retratan la vida social en Bolivia, los nombres y apellidos de las mujeres a las que frecuenta y sobre todo el ambiente europeo de las grandes ciudades que financiaba el auge de la bonanza gomera:

Olvidé mencionar el Carnaval de Año Nuevo en Santa Cruz, siendo una de las fiestas más agradables del año entero. Varias semanas antes, las mujeres cosen sus disfraces. Ya que no hay modistas profesionales, la necesidad hace que uno se ponga a trabajar. Nosotras (Elisa, Zoraida Suárez, etc., y yo), hicimos doce vestidos sin gran valor, pero bastante bien cortados y adornados con cintas, mientras que los hombres, dándose igual trabajo que las damas, estaban ocupados comprando los materiales más bonitos (mayormente terciopelo) para los disfraces elegantes. Finalmente, el corso comenzó. Había “sociedades” de distintos colores, tales como la Sociedad Vicaria, con todos vestidos de blanco y sombreros altos puntiagudos, luego la Comparsa de Vestidos de Noche de Dril, en dril blanco puro, con sombreros de ópera [...] encabezando la sociedad en la que todos caminaban en tropas compuestas por entre doce y dieciséis hombres. (119-20)

Lamentablemente, las hojas transcritas del diario de la tía Jessie son pocas y el lector queda rumiando con sabor a poco. Tal como en los casos de Wright y Toledo Suárez, la conexión del testimonio de las mujeres con la industria cauchera parece más bien indirecta y tangencial. Sin embargo, con todos sus problemas, lo cierto es que se trata de uno de los pocos relatos disponibles escritos por mujeres sobre la era de la goma elástica en Bolivia; y es por eso, justamente, que el libro de Lizzie Hessel que aquí presentamos constituye una fuente histórica de la mayor importancia.

Desde un punto de vista comparativo, los escritos referidos tienen algunos puntos en común aunque también divergencias respecto de los textos de Hessel. Podríamos, por ejemplo, comenzar diciendo que los libros de Wright y el diario de Toledo Suárez fueron ambos



Figura 25 De derecha a izquierda: señora Aramayo, princesa de La Glorieta y Jessie Suárez.
Fuente: Beaton 1971, 141

publicados en castellano mientras que las cartas de Lizzie serían publicadas en inglés en la década de 1980, tal como en su momento lo fue el diario de Jessie Sisson.⁵ Pero, más allá de las formalidades, un

⁵ Cabría señalar, no obstante, que una selección de algunas pocas páginas de estos relatos femeninos del tiempo del caucho se tradujo al castellano y se publicó en las compilaciones de fuentes que realizó Mariano Baptista Gumucio para Lizzie Hessel (2009b, 29-35); para Jessie Sisson (2009a, 167-70); para Maria Robinson Wright (2009a, 180-5).



Figura 26 Retrato de Maria Robinson Wright.
Fuente: Willard, Livermore 1893, 805



Figura 27 Retrato de Amelia Toledo.
Fuente: Toledo Suárez [1894] 2014, 19

primer denominador común entre esas miradas es que fueron escritas totalmente o en parte por la propia mano de una mujer, sin pasar necesariamente –al menos hasta donde sabemos– a través del tamiz mediador de otro escritor: no se trata, entonces, de reescrituras o de interpretaciones sino que, cada una a su modo, son textos que permiten que aflore la voz de las propias protagonistas.

Un segundo aspecto importante a tener en cuenta es que, a diferencia del libro de Wright, los diarios de Amelia y de Jessie –tal como luego las cartas de Lizzie– no fueron pensados desde un principio para su publicación, sino que fueron redactados para plasmar sus pensamientos privados, la cotidianidad de sus vidas o aun la bitácora de un viaje. El tono más espontáneo de estos escritos, por tanto, dista de la obra de Wright, que por momentos despliega una propaganda (enfática pero obvia) del país y del gobierno que la patrocina. Agasajada por la élite local, Wright promociona el exotismo de su viaje de «mil millas a lomo de burro» y explota el color local pese a haber en Bolivia la comodidad de los trenes y las diligencias, sin jamás llegar al Beni. En cambio, cada uno a su modo, los textos de las otras autoras ponen en escena una escritura que luce más auténtica, sensible, encarnada, y en la cual, por más que ciertamente puedan



Figura 28 Foto tomada en 1889 al momento del compromiso de Jessie con Pedro Suárez. De izquierda a derecha: Frank Williamson con su hijo Frank, Jessie, Pedro y Etty Sisson (madre de Cecil Beaton). Fuente: Beaton 1971, 36

vislumbrarse los preconceptos acostumbrados de la época, también afloran entre líneas la intimidad de la vida femenina o aun su eventual vulnerabilidad -por ejemplo, en las sutiles menciones de Jessie a las infidelidades de Pedro Suárez-.

En tercer lugar, podemos destacar que, más allá de la obviedad de la cronología, hay un cierto sincronismo en el propio contexto social que hace que las trayectorias de estas mujeres se entrecrucen:



Figura 29 Emilia Bickel de Hecker, Adela de Sonnenschein y otras mujeres en Carnaval. Riberalta, principio de siglo XX. Álbum n.º 5. Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

Amelia Toledo y Pedro Suárez (esposo de Jessie) comparten lazos de matrimonio de sus hijos y sobrinos, puesto que el hijo mayor de Amelia y Crisanto se casó con una hija de Mercedes Roca y Antonio Cuéllar, y un hermano de Pedro Suárez, Nicomedes, también se casó con otra hija de Mercedes Roca y Antonio Cuéllar.⁶ Y hay otros cruces menos directos. Durante su viaje, Maria Robinson Wright conoce en Sucre al príncipe y la princesa de La Glorieta. Este reconocido matrimonio de la aristocracia boliviana sostiene un asilo privado de huérfanos donde se enseña costura y moda a las jóvenes mientras que los varones aprenden carpintería, zapatería y otros oficios. El asilo es financiado con la fortuna personal del príncipe, que es ministro de Bolivia en París tal como Pedro lo es en Inglaterra (Wright 1907, 130). La princesa aparece también en la obra de Cecil Beaton (1971, 140): en efecto, la tapa de la primera edición nos presenta un diseño de tres mujeres con sus trajes de fiesta dibujadas al estilo caricaturesco propio del autor. Y el bosquejo está basado en una foto que le entregaron en 1970, cuando estaba en La Paz, que retrataba justamente a «Jessie Suárez, Madame Aramayo y la princesa de La Glorieta».

⁶ Respectivamente, Amelia Cuéllar Roca y Matilde Cuéllar Roca (Toledo Suárez [1894] 2014, 14-15).

3.2 La importancia de llamarse Lizzie

Las cartas de Lizzie Hessel a su familia británica constituyen una fuente documental de primer orden puesto que, en su conjunto, componen el único relato extensivo que narra en primera persona la experiencia femenina en una barraca cauchera de Bolivia. Los textos recogen observaciones detalladas sobre la vida cotidiana, la domesticidad de la barraca, el funcionamiento de la industria y las vicisitudes que debían enfrentar los caucheros en una empresa que, después de todo, operaba en plena selva. La corta vida de Lizzie en la Amazonía boliviana, y sobre todo las impresiones personales que fue volcando en sus cartas, de hecho, constituyen sin lugar a dudas uno de los mejores documentos sobre el brillo y las sombras del auge de la goma elástica. Además, y justamente por eso, su testimonio resulta ineludible para poder comenzar a comprender mejor el papel de esas mujeres -muchas veces olvidadas, muchas veces anónimas- del mundo cauchero.

En 1985, Ann Brown, hija de la hermana de Lizzie, Louisa, decide publicar parcialmente las cartas que le habían sido legadas al fallecer en 1975 su tía Nell, la hija menor del matrimonio Mathys. Cuando la sobrina recibe el legado familiar contacta con una amiga, Anne Rose, y a un reconocido naturalista, cineasta y escritor especializado en la región amazónica: Tony Morrison.⁷ Un año más tarde, en 1986, Morrison produjo una película sobre Lizzie para la televisión británica, dirigida por Lavinia Warner, con la actriz Maria Aitken como guionista y relatora. Con la voz de Aitken en *off*, el film recrea una selección de pasajes de las cartas de Lizzie mientras de fondo desfilan los paisajes exóticos de la Amazonía brasileña y boliviana. A continuación, el trío de Brown, Morrison y Rose emprende a su vez la tarea de dar formato a las cartas de Lizzie para publicarlas en inglés, componiendo el volumen que en esta ocasión traducimos y editamos por primera vez en castellano. El libro reúne la mayoría de las cartas de Lizzie y una introducción de los editores británicos dando contexto a las cartas. Hay que señalar, no obstante, que la obra no contiene la totalidad de la correspondencia de Lizzie ya que en algunas ocasiones los editores han hilvanado una suerte de *collage* de fragmentos más o menos extensos de las cartas con su propia contextualización, sin que siempre sea posible definir con precisión dónde comienzan unas y acaba la otra.⁸

Las cartas abarcan un período que va desde 1896, apenas Lizzie emprende su viaje a Bolivia, hasta su muerte en 1899. Luego de casarse con Fred Hessel, quien había sido contratado por The Orthon

⁷ Para apreciar el recorrido profesional de Morrison, ver <http://www.nonesuchexpeditions.com>.

⁸ Se trata de una decisión realizada a conciencia por los descendientes de Lizzie, que hasta el día de hoy prefieren no publicar la correspondencia original en su totalidad (Ann Brown, comunicación personal).

Rubber Company, la firma de Antonio Vaca Diez, los Hessel emprenden su viaje hacia Bolivia, haciendo su parada inicial en el Grand Hotel del Boulevard de París. Allí mismo, el 16 de diciembre de 1896, Lizzie redacta la primera carta a sus padres: «No creo tener más noticias en este momento porque todavía no empecé a ver los lugares de interés, pero les escribiré en cada oportunidad que pueda». Y ése fue, justamente, el espíritu que mantuvo durante todo el viaje y su larga estadía en Bolivia: entre algunas cartas que se perdieron y otras que demoraban meses, la familia de Lizzie recibió un total de cuarenta y seis cartas escritas por su hija y cinco misivas adicionales escritas por su yerno Fred.⁹ Las casi veinte cartas que escribe desde la barraca Orthon, cuando ya están asentados en Bolivia, son indudablemente las de mayor riqueza etnográfica; aunque, como veremos a continuación, las enviadas desde Mishagua, Perú, central de operaciones del célebre cauchero Carlos Fermín Fitzcarrald, o bien desde otras paradas de su largo viaje, también nos aportan un sinnúmero de elementos interesantes.¹⁰

De los escritos de Lizzie nos interesa destacar varios puntos. En primer lugar, su descripción descarnada de la maquinaria gomera. Comentando su estancia en Mishagua, la sede de Fitzcarrald, el célebre socio peruano de Vaca Diez, Lizzie reporta la forma en que él y su esposa gobiernan con mano firme la barraca y sus inmundiciaciones. En un episodio particularmente notable, unos nativos que trabajaban picando goma son atacados por otros ‘indígenas salvajes’; los trabajadores caucheros atrapan a dos de los atacantes -una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna-, los llevan a la barraca y los matan. En otra ocasión, observa cinco canoas que abastecen a la barraca y remontan los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, en las cuales capturan niños que luego son vendidos como esclavos:

Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, escaparon hace poco, pero los cazaron y los trajeron de vuelta. Los encadenaron esa noche y al día siguiente los golpearon hasta que quedaron tan agotados que no lloraron más, con la señora Fitzcarrald mirando todo el tiempo. Es una bestia: estaba tan enferma que tuve que salir de la casa. Ahora los encadena todas las noches a su cama. Ella misma golpea a todos sus sirvientes aproximadamente una vez a la semana. (Morrison, Brown, Rose 1985, 71-2)¹¹

9 Ann Brown, comunicación personal.

10 La barraca Orthon se encontraba en la esquina del barranco que forma la confluencia del río Orthon con el Beni y, según se sabe, fue el propio Heath quien en su viaje exploratorio de 1880 colocó la señal para que al año siguiente Vaca Diez estableciera allí la sede central de su compañía gomera (Sattori Román 1933, 21).

11 Todas las traducciones de esta edición citadas en el presente texto son nuestras.

Se trata de una de las contadas ocasiones en las que Lizzie expresa por escrito su malestar por el maltrato a los indígenas. De hecho, cuando llega a la barraca y tiene ya a 'sus' propios sirvientes nativos, el tono narrativo cambia sensiblemente:

Tomo mis comidas en la otra casa y doy largos paseos por la selva con la señora Arnold, siempre con dos indígenas que llevan algo para beber, y tengo dos muchachas indígenas que duermen en mi cuarto. Fred quiere comprarme una pequeña muchacha salvaje; son sirvientes espléndidas y aquí es la costumbre llevar una siempre contigo, aun si vas a caminar hasta la casa vecina. Al principio son muy problemáticos, pero como regla general aprenden rápido y son muy leales. Por una muchacha de diez o doce años tendrá que pagar unas 10 libras; los muchachos cuestan más. (110)

Luego de pasar un año y medio en la barraca, Lizzie se describe a sí misma y a su esposo como «el rey y la reina del Orthon»,¹² y no sin orgullo informa que cuenta con quinientos empleados bolivianos y otros tantos indígenas a su disposición. La mirada se vuelve entonces mucho más maternalista y, coincidentemente con otros escritos de la época, describe a los indígenas en la misma sintonía: «Son como niños y tengo que escuchar sus pequeños problemas» (135). Y, cuando habla de los indígenas que se fugan, confiesa que los caucheros les dan cien latigazos porque es el único castigo que temen: «Si eres amable con ellos, toman ventaja y te roban cualquier cosa» (136). Las de Lizzie, de hecho, no son observaciones aisladas. Muchas de las crónicas y de los relatos de viajes de la época reportan el mismo trato cruel hacia los indígenas barraqueros, con abundancia de uso del látigo o de la *guasca* (cuerda de cuero) tan utilizada en el Beni.¹³ Los datos detallados que aporta Lizzie, así, coinciden con otros relatos de la época que nos permiten entrever la singular situación que por entonces se vivía en el Beni:

Un considerable comercio de esclavos se lleva a cabo en estas partes, y una muchacha fuerte y sana cuesta 50 libras. Uno debe comprar todos sus sirvientes; son niños secuestrados, la gente los cría y cuando llegan a los catorce años los venden por precios exorbitantes. Cuando los compras ya son de tu propiedad, y tienen que trabajar tan duro como uno quiere, y si no trabajan bien se les golpea terriblemente. Aun los hombres a veces reciben cincuenta o

¹² En efecto, las misivas enviadas desde la barraca en el río Orthon son firmadas por ella como «Queen of Orthon (Bolivia) Rubber» y, en una de sus últimas cartas, comentando la gran cantidad de sus empleados, escribe de hecho que «somos ahora rey y reina del Orthon» (135).

¹³ Ver, por ejemplo, Balzan [1885-1893] 2008; Fawcett 1954; Castillo 1929; Menditte 1896.

cien golpes con un palo que corta como un cuchillo, y muy a menudo quedan medio muertos después. Si intentan escaparse se los castiga mucho más que por cualquier otra cuestión. (82)

El segundo punto importante a considerar en el relato de Lizzie es su descripción de la propia maquinaria extractiva. Las barracas, muchas veces, no eran meros centros de extracción de goma sino auténticos poblados con sus propias oficinas, depósitos, puertos, talleres, almacenes y hasta hospitales. Las jornadas que describe transcurren entre los viajes de Fred a los centros gomeros periféricos para supervisar las cantidades de goma recolectadas, y sus propias actividades rigiendo al mismo tiempo la rutina doméstica en la barraca. Lizzie se levanta, toma su taza de té, organiza las comidas, juega a las cartas y, si tiene invitados o visitas, organiza las actividades sociales:

Ayer bautizamos una lancha nueva. Todos nos fuimos a navegar y teníamos champagne, etc., y en la tarde tuvimos un baile en una de las habitaciones más grandes de nuestra casa: como orquesta teníamos un acordeón y una flauta, pero lamento decir que solamente éramos cuatro damas (pobres damas). Tuvimos que danzar cada pieza con tres o cuatro caballeros: había cuarenta caballeros. (97)

Las cartas también nos permiten reconstruir al menos parte de la rutina y cotidianidad de cada día en el centro gomero. Por ejemplo, describen con detalle la dieta disponible: como, cuando había abundancia de carne fresca y leche, el desayuno incluía chocolate, pan y galletitas y cuando, en cambio, arreciaba la escasez, había que tomar bebidas amargas por la falta de azúcar. Por la mañana, luego de la colación, Lizzie tomaba un baño en su habitación con alguna criada mientras Fred comenzaba el día en su oficina de la planta baja:

Tengo un sirviente que tiene su hamaca en el balcón y está a mi disposición el día entero. Limpia mis aposentos, prepara mi baño, etc. Somos como grandes señores; la gente nos trata con mucho respeto. Pienso que tendremos una vida muy placentera aquí y no creo que tengamos que gastar mucho dinero ya que nos dan todo gratis, lavandería incluida. Lo único es que se trata de un país donde se bebe mucho y todo cuesta tanto: una botella de cerveza 10 chelines, una botella de coñac 20 chelines, etc., etc. Pero el agua es muy buena, y hay un manantial muy cerca. (94)

Lizzie refiere además que en el segundo piso de la casa, con el balcón cubriendo toda la planta, hay seis habitaciones, de las cuales dos están reservadas para los Hessel; el resto son oficinas para los empleados, los negocios y los almacenes. Las jornadas barraqueras

transcurren por lo general con la esposa del gerente, el señor Arnold, con quien ella pasea, conversa y hasta trata de aprender el castellano. Es la única a la que considera casi como una igual, primero porque está casada legalmente y luego porque, aunque era boliviana, vivió un tiempo con su marido en Alemania y por lo tanto Lizzie aprecia su educación y su conducta. En algún momento, en cambio, comenta que hay también algunas otras mujeres con las que socializa: la esposa del cocinero francés (suponemos aquella con la que viajó desde Europa) o bien la esposa de un capitán. Pero las demás mujeres son trabajadoras y no están casadas 'legalmente', así que Lizzie no ve con buenos ojos confraternizar con ellas:

Dos nuevas damas han llegado últimamente, pero como es común en estas partes, no están casadas, y sus así llamados "maridos" son empleados de la firma. Una de ellas no es mala, pero no puedo ser "amiga" de ellas, o la gente de aquí podría hablar. En estas pequeñas aldeas muy poca gente está realmente casada; quizá un cura pase una vez en un año y tiene demasiado trabajo que hacer: no se trata de estar bautizando, casando y festejando todo el tiempo. (119)

Estas líneas son importantes porque constituyen una de las escasísimas noticias referidas por una mujer europea acerca de las mencionadas concubinas o 'esposas del monte' en las barracas gomeras. Al igual que las mujeres europeas que ejercían la prostitución en Manaos o Belém do Pará, poco se sabe de sus historias de vida. Son, en todo caso, noticias aisladas sobre ese tipo de uniones caracterizadas como 'morganáticas', es decir, alianzas en las cuales la mujer ostenta una posición social inferior a la del hombre. De esas uniones hemos ya hablado anteriormente apelando a las anotaciones de Leutenegger o Ulmer y sus concubinas en las barracas; pero, una vez más, Lizzie contribuye sustancialmente a corroborar la información.

Más allá de describir la rutina doméstica, las cartas no dejan de lado la peculiar forma de hacer negocios en una región en la cual no existe más ley que la palabra del empresario, que siempre predomina sobre la presencia fantasmal del Estado, y donde -tal como habíamos adelantado-, rige 'la ley del calibre 44'. Así, Lizzie refiere la forma dudosa en que Vaca Díez consigue hacerse de una gran plantación de goma: el dueño había llegado al Orthon para hacer negocios, es emborrachado por el cauchero y luego encarcelado durante dos semanas hasta que accede a firmar los papeles de venta de su propiedad. Por su parte, la empresa competidora, que quería esas mismas tierras, envió una partida a la zona para tomarlas por la fuerza, lo cual termina provocando un enfrentamiento armado entre ambas firmas.

Un tercer dato interesante en el relato de Lizzie es el complejo problema productivo que supone la obtención de la mano de obra que

requiere la industria gomera. En la misma nave en que los Hessel llegaban de Europa, Vaca Diez embarca a quinientos inmigrantes españoles para trabajar en sus barracas.¹⁴ Cuando llegan a Belém do Pará, Vaca Diez se topa con problemas aduaneros y la comitiva debe pasar seis semanas en la ciudad antes de continuar hacia Bolivia. Para Lizzie, la demora no supone mayores inconvenientes, ya que se encuentra cómodamente alojada en el hotel local, y el único problema que consigna en sus cartas es que entonces pierde a su perro cuando alguien deja abierta por accidente la puerta del alojamiento. Pero lo cierto es que, entre demoras, hoteles y gastos extras, Lizzie calcula que, al momento de llegar al Orthon, la firma de Vaca Diez pierde unas 60.000 libras esterlinas solventando la demora.

Además, Lizzie refiere en detalle los continuos problemas que generan los trabajadores. De los quinientos españoles originales, Vaca Diez selecciona cuatrocientos, pero al continuar el viaje hacia Iquitos sigue perdiendo gente.¹⁵ Dos mueren en el viaje al comer fruta inmadura que les da fiebre: «Estos españoles son unos imprudentes y nos sorprende que no hayan enfermado más» (41). Según Lizzie, el viaje transcurre sin grandes problemas, por más que los españoles «siempre nos amenazan con disparar a los seis que cenábamos en la mesa especial», ya que consideraban que no los alimentaban bien. Todas las noches los británicos deben cenar con dos centinelas armados aunque «no pasaba nada: hacen mucho ruido, pero son unos cobardes» (41). Palabras más, palabras menos, lo mismo relata Feichtner ([1897-1915] 2013, 14) al recordar que, luego de transcurrir varios días de mal tiempo encerrados en el compartimento de carga, los españoles comenzaron a planear un motín y los reclamos habían escalado tanto que los caucheros tenían órdenes de arrojarles agua caliente en caso de que continuasen. Para marzo de 1897, cuatro meses después de partir de Inglaterra, desertaron tres cuartas

14 La problemática contratación de Vaca Diez se corrobora con el diario de viaje de Josef Maria Feichtner, operario alemán contratado por la empresa que viajaba en el mismo barco y comparte gran parte de la travesía de los Hessel hasta por lo menos Iquitos. Nacido en Augsburg en 1870, a los veintiséis años Feichtner consigue un contrato para trabajar en Bolivia y su diario manuscrito comienza con la partida en Bordeaux para luego proseguir hasta 1904, cuando se termina de liquidar la Orthon Bolivian Rubber Co. Trabaja en Belém do Pará hasta 1915 como gerente de la filial de la Casa Suárez Hermanos y en 1934 muere en San Pablo. Según él, había 480 inmigrantes españoles en la expedición de Vaca Diez, principalmente catalanes de Barcelona, aunque «además entre ellos había alsacianos, rusos, turcos, griegos y hasta integrantes de la legión extranjera, o sea, había de todo» (Feichtner [1897-1915] 2013, 13).

15 Nuevamente según Feichtner, Vaca Diez intenta compensar la pérdida de los desertores contratando a treinta familias de trabajadores negros, incluyendo a unas 120 personas procedentes de Barbados y Georgetown: «Pero pronto se descubrió que esos negros sólo querían ganarse el pasaje, y no pretendían trabajar en los sirringales. Su objetivo era un viaje barato hasta los afluentes peruanos del Alto Amazonas o Marañón -como era llamado allá- donde irían a buscar oro» (17).

partes de los españoles y la empresa de Vaca Diez intenta reemplazarlos capturando indígenas río arriba: de los cuatrocientos trabajadores escogidos, entre los cuales se cuentan sesenta mujeres y niños, finalmente llega al Orthon tan sólo un centenar.

La saga de los españoles revela que el talón de Aquiles de la industria gomera era, justamente, la escasez de mano de obra, imprescindible para satisfacer la demanda de una producción cada vez más exorbitante. Para desesperación de los empresarios, el problema tenía dos vértices: por un lado, debían conseguir trabajadores, pero por otro, al mismo tiempo, necesitaban que estos –sean criollos, indígenas o europeos– cumplieran con el plazo contractual y con sus propias deudas en un escenario complicado como la selva amazónica (Córdoba 2015a, 22).¹⁶

La necesidad voraz de mano de obra impulsa la migración nacional, cooptada en Santa Cruz de la Sierra, Sucre o La Paz, y a la vez atrae la llegada de inmigrantes internacionales reclutados en España, Francia, Suiza, Alemania e Inglaterra, como nuestros conocidos Hessel, Feichtner, Ritz o Leutenegger. Sin embargo, el problema insoluble siguió siendo siempre la desertión sistemática de los trabajadores entre el ‘enganche’ del personal, la llegada efectiva a la barraca y el cumplimiento del contrato; y todo eso por no hablar de las inclemencias del clima, del aislamiento, de la mala alimentación, de las enfermedades tropicales y del clima de violencia casi endémica que muchas veces diezmaba a los trabajadores. Es en ese contexto particular donde el testimonio de Lizzie sirve para documentar la cotidianidad de las formas locales de captación de indígenas para el servicio doméstico o hasta de captura de nativos para vender a otros caucheros: «Tenemos unos niños pequeños salvajes en la lancha que han sido capturados unos días atrás. Los tomamos para venderlos en otra aldea» (Morrison, Brown, Rose 1985, 90).

Con sus descripciones a veces más empáticas y otras veces más frías, casi insensibles, las cartas de Lizzie nos permiten reconstruir el cuadro descarnado, no exento de tensiones, tanto de la realidad cotidiana en los centros gomeros como de la reproducción periférica del circuito extractivo: las barracas, los comercios, las oficinas, las plantaciones, la esfera social y la doméstica. Ciertamente, su mirada pone sobre el tapete los sesgos y prejuicios implícitos en la retórica del orden y el progreso, o la moral paternalista, el sexismo, el racismo y hasta la violencia propios de un extractivismo rapaz. Quizá, en este sentido, sea ilustrativo su desencanto cuando confiesa que no entiende por qué los trabajadores criollos, migrantes e indígenas huyen a la selva y rehúsan el espejismo de ‘civilización’ que les ofrece

16 Varios escritos de la época reflejan los innumerables dilemas implícitos en la contratación de mano de obra (ver, por ejemplo, Arnous de Rivière 1900, 433; Melby 1942, 454; Balzan [1885-1893] 2008, 193).

la aventura gomera, o bien la desesperación de la pequeña niña nativa que come su propia ropa por las noches, acaso una variante de la geofagia que reiteradamente reportan las fuentes de la época entre los trabajadores criollos e indígenas:

Creo que les conté que los niños aquí a veces empiezan a comer tierra. Tengo a una niña salvaje de unos cuatro años que come su ropa. Lleva puesto nada más que un pequeño vestido suelto, pero en una noche come grandes jirones de él. (90)¹⁷

Con el mismo desapego con que informa que mueren sus loros, monos y perros, Lizzie reporta la muerte de la niña que no podía dejar de devorar su vestido.

Pero lo que la reina del Orthon tampoco sabe es que su propio turno no está lejos. Poco antes de la Navidad de 1899, luego de dos días de fiebre, fallece a su vez en la barraca. Según lamenta Fred Hessel, la culpable es la epidemia de fiebre amarilla. La muerte es anunciada en *La Gaceta del Norte* el 20 de diciembre de 1899, aunque la noticia tardará dos meses en llegar a la familia Mathys en Inglaterra. Dice el periódico:

Señora Isabel de Hessel

La helada mano de la muerte ha tronchado en flor una preciosa existencia.

Ha dejado de ser la digna esposa del señor Federico J. Hessel, después de breve enfermedad, en la mañana del 18.

Joven aún, la felicidad le sonreía y ni las privaciones ni los sufrimientos de la localidad le arredaban; vivía contenta, alentando al hombre que escogió por su compañero, en su laboriosa vida.

Lejos, muy lejos de los suyos, ¡qué triste debe ser morir!

Su afabilidad y la fuerza de su trato no se borrarán del recuerdo de las personas que tuvieron la suerte de conocerla.

¡Qué inescrutables son los designios de la Providencia!

La que ayer constituía el encanto de su hogar, yace hoy rígida, sumiendo en el más profundo pesar a su esposo.

Resignación y valor, ¡qué fácil son de pronunciarlas estas palabras y cuán difícil es tenerlas cuando la intensidad del dolor ¡arranca lágrimas de sangre!

Que en paz descanse la esposa modelo de virtudes, y que el bálsamo que fluye de la religión y la filosofía atenúe en algo el justo duelo de su inconsolable esposo.¹⁸

¹⁷ Ver, por ejemplo, los testimonios sobre la geofagia de Franz Ritz y Ernst Leutenegger en Córdoba 2015a.

¹⁸ *La Gaceta del Norte*, año XIII, n.º 78, 20 de diciembre de 1899, 4.

Poco a poco la tumba de Lizzie es tragada por la vegetación del Amazonas mientras desaparece cualquier vestigio de la vida glamorosa en la sede central de la compañía.¹⁹ La barraca Orthon cambia de gerente poco después de su muerte y la consecuente partida de Fred. El 25 de abril, cuatro meses después, la misma *Gaceta* publica un aviso firmado por Hessel que comunica al público que el comando de la barraca pasa a manos del señor José Feichtner. El cauchero alemán lo confirma en su diario cuando anota: «entre 1901 a 1904, en medio de las ya citadas agitaciones en Acre, me fueron delegados plenos poderes como consejero jurídico de la Orthon Bolivia Rubber Co.» (Feichtner [1897-1915] 2013, 53). Por esas vueltas del destino, se trataba del mismo joven Feichtner que había compartido con los Hessel gran parte del viaje desde Europa.

Poco menos de cuatro años luego de la muerte de Lizzie, la barraca está en evidente declive y, por más que prosiga el boom de la goma elástica, la empresa del fallecido Vaca Diez se encuentra en un proceso de marcada decadencia, abandonadas sus instalaciones y siendo sus activos liquidados para saldar las deudas. Nicolás Suárez se asienta como el gran magnate boliviano de la goma y su empresa crece de forma fabulosa al ritmo de la demanda internacional, hasta absorber la firma de su fallecido primo. Convocado por el presidente José Manuel Pando para ejercer el cargo de jefe de ambulancias en la guerra del Acre (1899-1903), el doctor Elías Sagárnaga observa en sus memorias la ruina del emporio de Vaca Diez:

Bajamos el Beni, llegando a las 4.40 al barracón Orthon, reliquia de antiguas grandezas, obra de las concepciones fantásticas del señor Vaca Diez, que tan tristemente falleció ahogado en uno de los afluentes del Purús, en el Ucayali, al poco tiempo de haber vuelto de Europa, conduciendo aquella remesa de inmigrantes españoles que labraron su ruina. Hoy no quedan sino los despojos de esos tiempos, en que se manejaban las libras por montones y todo en poder del señor Suárez, encargado de la liquidación de la compañía Orthon, en su calidad de principal acreedor. El barracón Orthon es la más soberbia casa que existe en el Beni y que podría lucirse en cualquier capital. El tiempo va encargándose de la destrucción de esa gran obra. (Sagárnaga 1909, 63)

Las misivas de Lizzie a sus familiares durante sus tres años en Sudamérica constituyen un archivo excepcional que nos permite acceder, de primera mano, a una dimensión poco conocida de la experiencia femenina en la selva amazónica. Sin buscarlo expresamente, la

¹⁹ Cuando Morrison filma su película en la década de 1980, procura inútilmente identificar la tumba de Lizzie y tan sólo encuentra otras lápidas cubiertas por la vegetación.

1892. Marriage solemnized at <u>St. Andrew's</u> in the Parish of <u>St. Andrew's</u> in the County of <u>London</u>								
No.	When Married.	Name and Surname.	Age.	Condition.	Rank or Profession.	Residence at the time of Marriage.	Father's Name and Surname.	Rank or Profession of Father.
231	6 th Augt 18 92	Frederick Joseph Hessel Elizabeth Kachyo	28 22	Bachelor Spinster	Commercial Clerk	55 Navarstock Hill S W. 83 De Beauvoir Road Hackney	Augustus John Hessel John Timothy	Merchant Deceased Cleric. Miner.
Married in the Church of <u>St. Andrew's</u> according to the Rites and Ceremonies of the Established Church, by _____ or other <u>Canon</u> by min.								
This Marriage was solemnized between us.		<u>Frederick Joseph Hessel</u> <u>Elizabeth Kachyo</u>		in the Presence of us		<u>J. Timothy</u> <u>Arthur Pope</u> <u>John C. Rose</u> <u>Elizabeth Kachyo</u>		
18 92. Marriage solemnized at <u>St. Andrew's</u> in the Parish of <u>St. Andrew's</u> in the County of <u>London</u>								
No.	When Married.	Name and Surname.	Age.	Condition.	Rank or Profession.	Residence at the time of Marriage.	Father's Name and Surname.	Rank or Profession of Father.
232	4 Sept 18 92	Henry James Futtler Edith Mary Karsley	24 21	Bachelor Spinster	Cardener	56 Arkhill Street Regent Square W. 1 22 Windy Hill	James Futtler Arthur Karsley	Cardener. Cleric.
Married in the Church of <u>St. Andrew's</u> according to the Rites and Ceremonies of the Established Church, by _____ or other <u>Canon</u> by min.								
This Marriage was solemnized between us.		<u>Henry James Futtler</u> <u>Edith Mary Karsley</u>		in the Presence of us		<u>Arthur Karsley</u> <u>Elizabeth Karsley</u> <u>John C. Rose</u> <u>Canon</u>		

Figura 30 Certificado de casamiento de Fred y Lizzie Hessel. Fuente: © Ancestry.com

jovencita que llega a ser reina de la barraca en el Orthon echa luz sobre su propia vida y, a la vez, nos ayuda a recrear el contexto social, político, económico, geográfico y también étnico en el que transcurre sus últimos años. Más allá de su mirada por momentos distante, debida en parte a la época, en parte a la famosa flema británica, y en parte –por qué no– a la propia personalidad de Lizzie, las impresiones que deja en sus cartas siguen ofreciéndonos uno de los pocos testimonios femeninos de un período crucial para la historia amazónica. Su relato, a pesar de sus sesgos, de sus silencios, de sus prejuicios, nos permite recalibrar la leyenda extractiva cuestionando su lectura hipermasculinizada, y comenzar a dar voz a todas aquellas mujeres que, en esos mismos momentos, protagonizaban los avatares –a veces encantadores, a veces heroicos y a veces también macabros– de la gran aventura gomera.

Como señala Tony Morrison en su introducción a la edición original en inglés, la propia historia de Lizzie «se perdió en el mar de sucesos que se dieron con la creciente fiebre del caucho» (Morrison, Brown, Rose 1985, XX). Tal como vimos, el apogeo vertiginoso de la goma elástica fue como una tormenta de verano que arrasó todo a su paso (Roca 2001, 177). Luego de casi cuarenta años de prosperidad en los cuales la Amazonía boliviana se abre por primera vez al mundo, recibiendo la ola de capitales e inmigrantes nacionales y extranjeros que llegan a la selva en busca de una riqueza rápida, poco queda de todo aquel antiguo esplendor. Aun en los términos internos

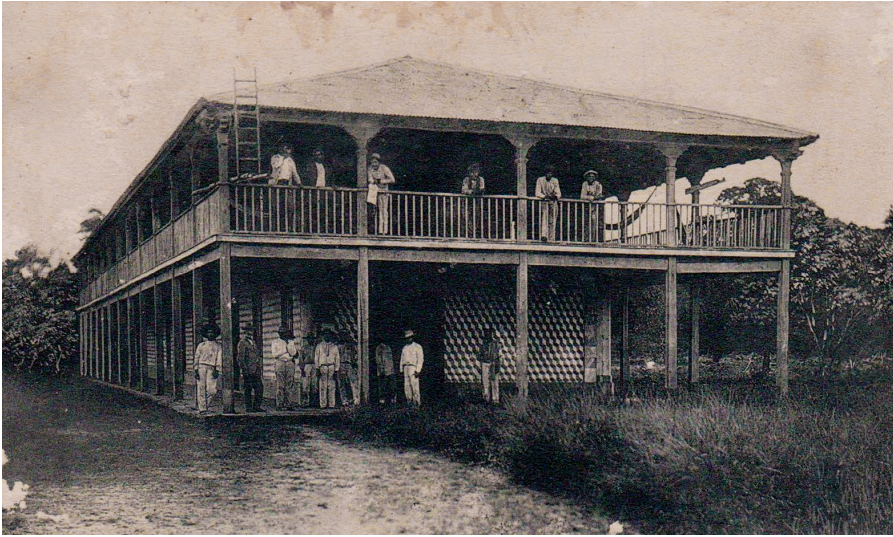


Figura 31 La casa de The Orthon Rubber Co. Postal. Sobre n.º 1.
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

del propio escenario cauchero, otros sucesos de la época acapararon la atención y opacaron las circunstancias de su muerte: la desaparición de Fitzcarrald, la guerra del Acre entre Bolivia y Brasil que tenía lugar a pocos kilómetros, el escándalo internacional de la violencia cauchera en el Putumayo. Todos esos eventos fueron casi contemporáneos de la historia del joven matrimonio inglés, y es por eso que Morrison lamenta que «las cartas de Lizzie salieron a la luz demasiado tarde». Pero, para ver el vaso medio lleno, si bien es cierto que el material recién se conoce en castellano casi 125 años después de la muerte de Lizzie, también es cierto que hoy disponemos de nuevas herramientas comparativas que nos permiten apreciar en mayor medida la valiosa información que se desprende de sus escritos.

Salvo algún caso claramente excepcional como el de la propia Lizzie, que por medio de estas cartas logra plasmar para la posteridad su propia versión de los hechos, lo cierto es que, anónima o apenas reconocida, marginal, casi invisible, la mujer gomera sigue eludiéndonos al quedar por lo general representada en las fuentes a través del filtro mediador del testimonio masculino. Aunque alguna de ellas pueda llegar eventualmente a transformarse en la ‘Madame de Pompadour’ de la barraca, se trata, ante todo, de una mujer presentada en genitivo: es decir, definida como ‘la esposa *de Fred*’, ‘la amante

La Gaceta del Norte, 20 de diciembre de 1899

Sra. Isabel de Hessel

La helada mano de la muerte ha tronchado en flor una preciosa existencia. Ha dejado de ser la digna esposa del Sr. Federico J. Hessel, después de breve enfermedad, en la mañana del 18.

Joven aún, la felicidad le sonreía y ni las privaciones ni los sufrimientos de la localidad le arredaban; vivía contenta, alentando al hombre que escogió por su compañero, en su laboriosa vida.

Lejos, muy lejos de los suyos, ¡qué triste debe ser morir!

Su afabilidad y la fuerza de su trato no se borrarán del recuerdo de las personas que tuvieron la suerte de conocerla.

¡Qué inescrutables son los designios de la Providencia!

-La que ayer constituía el encanto de su hogar, yace hoy rígida, sumiendo en el más profundo pesar a su esposo.

Resignación y valor, ¡qué fácil son de pronunciarlas estas palabras y cuán difícil es tenerlas cuando la intensidad del dolor, ¡arranca lágrimas de sangre!

Que en paz descanse, la esposa modelo de virtudes y que el bálsamo que fluye de la Religión y la Filosofía, aténue en algo el justo duelo de su inconsolable esposo

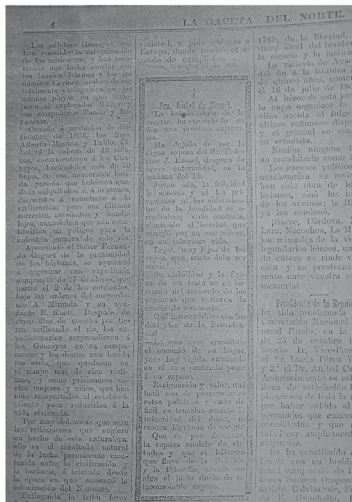


Figura 32 Obituario de Lizzie en La Gaceta del Norte, 1899.
Fuente: archivo privado Hecker Rojas, Riberalta

de Ulmer', 'la compañera de Leutenegger'. Una persona-objeto que puede ser tratada gentilmente cuando es afortunada, pero, también dependiendo de la variabilidad de los estatus y las circunstancias, abusada, maltratada, comprada o casada contra su voluntad, tomada para todo tipo de favores laborales o sexuales, e incluso muerta sin la mínima dignidad de ser identificada -tal como la desafortunada esposa de Menditte, asesinada sin que ninguna fuente haya reparado en conservar siquiera su nombre-. Y aquí, de nuevo, es donde se revela la riqueza testimonial de las cartas de Lizzie: porque son su voz, sus pensamientos y sus propios prejuicios los que al fin y al

cabos componen la única mirada femenina que nos llega directamente de una mujer para informarnos cómo era la vida gomera en la selva con sus altos y sus bajos, sus luces y sus sombras, mes tras mes, de día y de noche. Lizzie vive, piensa y documenta los años dorados de la goma elástica en la Amazonía aunque su voz nos llegue tarde, pero ojalá también -al menos eso espero- en el momento en que más la podemos apreciar.